

TRIBUNA | La gran cuestión hoy es si EEUU será capaz de encontrar una respuesta política equivalente frente a la disrupción digital; no para detenerla, lo que sería imposible, sino para domesticarla democráticamente

De economía industrial a economía digital

EMILIO LAMO DE ESPINOSA

EL AÑO PASADO, el presidente Donald Trump incorporó al ala oeste de la Casa Blanca un cuadro titulado *Los hombres del arancel* (*The Tariff Men*) en el que aparece él mismo (en el centro, por supuesto) junto al presidente McKinley y otros llamados «presidentes arancelarios». No se trata de otro capricho personal más a los que nos tiene acostumbrados, pues el giro imperial de Estados Unidos a finales del siglo XIX, bajo la presidencia de William McKinley, y la agresividad imperial de Donald Trump en este su segundo mandato deben interpretarse como respuestas políticas similares a grandes disrupciones tecnológicas internas, verdaderos procesos de «destrucción creativa» (Schumpeter); procesos de reordenación social total en los que se transforman simultáneamente el sistema productivo, la estructura de clases, las instituciones políticas, incluso las formas de legitimidad. Y cuando estas transformaciones se producen con mayor rapidez que la adaptación institucional, emergen tensiones acumulativas que desbordan el marco político existente. Es lo que está ocurriendo en ese país.

William McKinley presidió durante la fase final de la llamada *Gilded Age* (1870-1901) cuando EEUU transitaba de una sociedad agrícola y rural a otra industrial y urbana. Aquella revolución introdujo la electrificación, el petróleo, el acero, la producción en masa y la gran corporación, generando un crecimiento extraordinario, pero también monopolios (trusts), desigualdad extrema y conflictos laborales violentos.

Afloran inmensas fortuna amasadas en monopolios erigidos sobre las nuevas tecnologías, los llamados *robber barons*: John D. Rockefeller (petróleo; Standard Oil); Andrew Carnegie y Charles M. Schwab (acero; Carnegie Steel); Edward Henry Harriman (ferrocarriles y transporte); J. P. Morgan (banca/finanzas; consolidaciones industriales); Jay Gould (especulación financiera y maniobras bursátiles). El cierre de la frontera del Oeste —certificado por Frederick Jackson Turner en 1893—, reforzó la percepción de que el modelo expansivo territorial había llegado a su límite; no quedaban tierras para la vieja lógica de colonización hacia el Pacífico y el sistema debía buscar fuera lo que ya no podía absorber dentro. El populismo agrario —encarnado en el demócrata William Jennings Bryan (candidato tres

veces a la presidencia), anti-imperialista furibundo— expresaba la resistencia del mundo rural perdedor.

La respuesta republicana combinó una política de inmigración restrictiva con fuerte proteccionismo arancelario y estabilidad monetaria para consolidar la industria. McKinley fue conocido como el «rey de los aranceles», y el arancel Dingley de 1897 fue el instrumento que permitió abrir el tránsito hacia una hegemonía industrial. Pero el enorme malestar interno fue transformado en nacionalismo agresivo y proyectado al exterior haciendo girar al país desde el aislacionismo al imperialismo en la *splendid little war* con España (1898), una guerra perfectamente innecesaria (de las pocas que se conocen entre democracias), que permitió a ese país proyectarse tanto en el Atlántico como en el Pacífico. El imperialismo americano nació de la necesidad de dar salida exterior a una economía industrial en fuerte expansión.

Donald Trump preside otro tránsito, ahora desde una sociedad industrial clásica (y territorializada) a otra digital, organizada en torno a redes, plataformas, datos, centros de cálculo e inteligencia artificial (es decir, desterritorializada). También ahora aparecen nuevos *robber barons* (Musk, Bezos, Zuckerberg, Larry Page, Jensen Huang, Larry Ellison) y enormes monopolios digitales (Apple, Microsoft, Meta, Alphabet, Amazon, NVIDIA). También Trump activa una política antiinmigración, ahora casi brutal. Y el llamado *Rust Belt* de viejas industrias deslocalizadas ocupa el lugar simbólico que ocupó el mundo agrario.

Un ejemplo ilustrativo del tránsito: una empresa como Meta tiene una capitalización bursátil de casi billón y medio de dólares pero da empleo a menos de 80.000 trabajadores; por el contrario, General Motors, con una capitalización inferior 100.000 millones de dólares, da empleo a más de 150.000 trabajadores. La economía digital puede concentrar cantidades colosales de riqueza con relativamente poco empleo. Tiende a concentrarse en empresas intensivas en capital, conocimiento, propiedad intelectual y efectos de red. De ahí esa dinámica económica en *K* (Peter Atwater): una parte de la sociedad asciende rápidamente, mientras otra desciende o se estanca. Las sociedades se dualizan, crecen las brechas de renta, riqueza y oportunidades generando un curioso desacople macro-micro: el PIB o los mercados pueden ir bien dando una falsa imagen de bienestar, mientras amplios grupos sociales no mejoran. El resultado: una economía altamente productiva pero socialmente disgregadora.

El trumpismo emerge de esa fractura estructural. Pero, a diferencia de la coalición que sostuvo a William McKinley, el trumpismo combina perdedores y ganadores del capitalismo digital. Moviliza a los sectores desplazados por la globalización —trabajadores industriales, clases medias en declive, territorios desindustrializados— (los *left behind*), pero se apoya en segmentos de las élites vinculadas a la economía tecnológica y financiera. Y la clave de esta articulación *ad hoc* reside en un desplazamiento del eje del conflicto: de la clase a la soberanía y la nación: el trumpismo no enfrenta trabajo y capital, sino nación frente a globalización. Lo que le permite alinear intereses divergentes: los perdedores perciben la globalización como amenaza real; los segundos como desafío estratégico, especialmente frente a China. En ambos casos, la respuesta converge en la reafirmación del poder nacional. No es casualidad que pretenda elevar el ya enorme presu-

puesto de defensa (tres veces el del siguiente, China) de un billón a nada menos que billón y medio de dólares, alimentando (saciando, podría decirse) el Complejo Militar Industrial. El trumpismo no se opone a la disrupción tecnológica, pero aspira a subordinarla a objetivos geopolíticos nacionales.

OBVIAMENTE, esta coalición presenta un límite estructural derivado de su ambivalencia constitutiva. Se sustenta en la América industrial en declive, pero despliega la estrategia de poder de la América digital. Ha alineado intereses divergentes, pero no será nada fácil transformar esa extraña alianza en un nuevo consenso estable. Pues, en contraste con McKinley, que pudo apoyarse en un sector emergente capaz de generar cohesión, Donald Trump se enfrenta a una economía cuya lógica interna tiende, por ahora, más a la fragmentación que a la integración.

Como advirtió el presidente Biden en su discurso de despedida a la nación, «una oligarquía de extrema riqueza, poder e influencia literalmente amenaza toda nuestra democracia». No debe sorprender pues que, según el Pew Research Center, hasta un 62% de los americanos está insatisfecho con el funcionamiento de su democracia (solo un 37% se declaran satisfechos). Y hasta un 32% asegura que un líder fuerte o un militar sería un modo positivo de gobernar ese país. Hay razones para estar profundamente preocupados por el estado comatoso de la democracia americana.

El destino no fue amable con McKinley: fue asesinado por un anarquista polaco en 1901 al comienzo



ULISES CULEBRO

La economía digital puede concentrar gran cantidad de riqueza con poco empleo

nado por un anarquista polaco en 1901 al comienzo de su segundo mandato, y le sucedió su vicepresidente, Teddy Roosevelt (1901-1909), quien usó (e incluso abusó) de la Ley Sherman antimonopolios pleiteando con los monopolios (hasta 44 demandas) al punto que se le recuerda como el «destructor de trusts» (*Trust Buster*). Aquella fue la respuesta política a la disrupción tecnológica de la modernidad industrial. La gran cuestión hoy es si Estados Unidos será capaz de encontrar una respuesta política equivalente frente a la disrupción digital; no para detenerla, lo que sería imposible, sino para domesticarla democráticamente. Esa, y no otra, es la cuestión de fondo y la respuesta la veremos probablemente en las elecciones de noviembre.

Emilio Lamo de Espinosa, de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas